

Noticias Comerciales.

New-York, Noviembre 23. Los cinco y medio de la tarde.

Ozas españolas, a \$15.70.

Idem, mejicanas, a \$15.65.

Dominicano papel comercial 60 días, a \$4.45.

2.50.

Cambios en Londres, 60 días, (banqueros) a \$4.45.

Cambios en París, 60 días, (banqueros) a \$5.21.

Cambios en Hamburgo, 60 días, (banqueros) a \$4.94.

Bonos registrados de los P. U., a \$102.42.

Constitución número 10, pol. 20.

Regular a base, retiro, \$4.45.

Ardoir de miel, \$4.45.

Vendidos: 25 bocoyas de azúcar.

Idem: 500 sacos de azúcar.

Moles, 184 a 19 nominal.

Morisco (Willow) en sacos a \$4.45.

Tobacco long cut, a \$10.

New-Orleans, idem idem.

Harina cinco exporteros, a \$4.15, etc. bri.

Londres, idem idem.

Ardoir centrifuga, pol. 36, a 166.

Idem regular retiro, 146 a 15.

Consolidados, a \$100 1/16 ex-inter.

Bonos de los Estados Unidos, a \$100.

1293 ex-cupon.

Dominicano, Banco de Inglaterra, 3.5.

Plata en barras, (la onza) \$7 1/16.

Liverpool, idem idem.

Algodón, middling upland, a \$5 3/16 lb.

París, idem idem.

Renta, 3.5 a 79.95, etc. ex-inter.

LO DE CARTAGENA.

Los partidos avanzados de la metrópoli,

acaban de cometer un gran delito. En los

momentos en que la nación se hallaba bajo

el peso de una grave cuestión internacional,

en los instantes más difíciles y cuando to-

dos los españoles estábamos más obligados

a dar muestras de desinteresado patriotismo,

una descalabrada intencional en el arsenal

de Cartagena ha estado a punto de sembrar

la alarma en todo el territorio español,

poniéndole una vez más en ridículo a los

ojos de los extranjeros y autorizando para

que digan con razón que el pueblo español

es ingobernable.

No de otro modo el partido carlista eligió

para su consagración en San Carlos de la

Rápit, el momento en que España acababa

de declarar la guerra al imperio marroquí.

Triste el rol de España. Comenzó el

siglo actual con la gloriosa guerra de la Independencia

y a estas fechas aún no hemos conseguido un solo momento de reposo.

Cuando parecía, al final de la segunda

guerra civil, que había sonado la hora de la

regeneración, y que España recuperaría sus

ánimas de pasado esplendor, bajo el feliz

reino de D. Alfonso XII (q. D. G.), hemos

conseguido, gracias a él, la paz material, pero

por la paz de los espíritus, el evidente

posiego de los pueblos que solo piensan en

un engrandecimiento, ese no lo hemos conseguido,

y sólo Dios sabe cuando lo conseguiremos.

Mientras la ambición de un revolucionario

vulgar como lo es Ruiz Zorrilla sea mo-

tivo bastante para sembrar la intranquilidad

en todo un pueblo, mientras la opinión

pública en masa no condene la acción de un

político mal avenido con el orden y los

ridículos levantamientos de la soldadesca,

que mañana se alzará en cualquier parte

como ayer se levantó en Badajoz, nuestro

pueblo no es digno de la felicidad que para

él ambicionamos ni de las libertades que

goza y que tan mal aprovecha.

Hace algunos meses, cuando el punible

atentado del pueblo francés, unió en estrecho

abrazo a nuestro pueblo con su querido

Sobran, miramos con espanto la posibilidad

de una guerra con Francia. Hoy que el

infame despojo de una parte de nuestras

posiciones en Occidente, ha estado a punto

de romper las buenas relaciones que es-

tábamos con el Imperio Alemán, contem-

plamos con horror la posibilidad de una

lucha que en último término había de ser

famesta para los dos pueblos beligerantes.

Pero, aún hay algo que nos asusta más que

una campaña con la República francesa e-

con el Imperio de los alemanes, y es algo

que una revolución como la de 1868, que

transformando el orden existente, paraliza-

ra la agricultura, la industria, el comercio; vega-

los veneros de la riqueza; alterase el valor

de los fondos públicos; aumentara la caren-

cia de España; desastara las ambiciones mal

contenidas hoy, y nos llevara a la postré a

una situación semejante a la del año 1872,

época en la que tal era el desorden, que los

repúblicas de buena fe llegaron a mirar

como una experiencia la subida al trono de

D. Carlos; los carlistas amantes de su patria,

esperaban ver salir a Cárlos de aquel caos

caos, como Napoleón I, de aquel caos

ruinas un imperio poderoso; é instantes bu-

cho se abrigó el temor de una invasión

extranjera, que dividiera a España en pe-

dad, para repartirse sus despojos, así co-

mo los Generales de Alejandro se repartie-

ron un día las conquistas del héroe macé-

donico.

No hay exageración en este cuadro: aque-

llos de los anarquistas en que los efímeros

y débiles gobernantes de la que fue un día

nación de Felipe II, conspiraban contra sí

mismos; aquellos meses en que cada ministro

nuevo era una esperanza para los españoles

que veían en él al salvador; aquellos meses

en que hasta nosotros con *Estebanes* lleve-

do; en que libros de todo loz malhecho-

res, comían villos asesinatos en las

ciudades, secuestraban en los campos, inen-

didos en todas partes, que la soldadesca

desenfrenada silbaba a sus jefes y arrastra-

ba a Martines Langueros; en que los ki-

tos barcos de nuestra desastada marina

se iban a pique agorados por los mismos

españoles; aquellos meses en que, desdich-

adamente, no podían borrarse de nuestra

historia los avergonzados a nuestros pro-

prios ojos y nos robaban a los de los extran-

jeros; y en cambio de tantos males, nos han

legado una enseñanza que, bien aprovechada,

podrá servirnos en día, para evitar

que tales escenas se repitan en ninguna

del decoro de nuestra patria.

Un hombre gastado en el poder y esca-

do como inepto; un hombre incapaz de go-

bernar, porque carece de todo el gobierno;

que trajo y sirvió a la dinastía saboya-

na, contra todos los deseos de los españo-

les; un hombre que traicionó a su patria

la ruina a la misma dinastía a que sirvie-

ra, porque para su ambición era poca cosa

la presidencia del consejo de ministros; un

hombre que fué monárquico en día bajo el

reino de Don Amado y repúblicano des-

pues cuando aquí presentó en asamblea

la ruina a la misma dinastía a que sirvie-

ra, porque para su ambición era poca cosa

la presidencia del consejo de ministros; un

hombre que fué monárquico en día bajo el

reino de Don Amado y repúblicano des-

pues cuando aquí presentó en asamblea

la ruina a la misma dinastía a que sirvie-

ra, porque para su ambición era poca cosa

la presidencia del consejo de ministros; un

hombre que fué monárquico en día bajo el

reino de Don Amado y repúblicano des-

pues cuando aquí presentó en asamblea

la ruina a la misma dinastía a que sirvie-

ra, porque para su ambición era poca cosa

la presidencia del consejo de ministros; un

hombre que fué monárquico en día bajo el

reino de Don Amado y repúblicano des-

pues cuando aquí presentó en asamblea

la ruina a la misma dinastía a que sirvie-

ra, porque para su ambición era poca cosa

la presidencia del consejo de ministros; un

hombre que fué monárquico en día bajo el

reino de Don Amado y repúblicano des-

pues cuando aquí presentó en asamblea

la ruina a la misma dinastía a que sirvie-

ra, porque para su ambición era poca cosa

la presidencia del consejo de ministros; un

hombre que fué monárquico en día bajo el

reino de Don Amado y repúblicano des-

pues cuando aquí presentó en asamblea

la ruina a la misma dinastía a que sirvie-

ra, porque para su ambición era poca cosa

la presidencia del consejo de ministros; un

hombre que fué monárquico en día bajo el

reino de Don Amado y repúblicano des-

pues cuando aquí presentó en asamblea

la ruina a la misma dinastía a que sirvie-

ra, porque para su ambición era poca cosa

la presidencia del consejo de ministros; un

hombre que fué monárquico en día bajo el

reino de Don Amado y repúblicano des-

pues cuando aquí presentó en asamblea

la ruina a la misma dinastía a que sirvie-

ra, porque para su ambición era poca cosa

la presidencia del consejo de ministros; un

hombre que fué monárquico en día bajo el

reino de Don Amado y repúblicano des-

pues cuando aquí presentó en asamblea

la ruina a la misma dinastía a que sirvie-

ra, porque para su ambición era poca cosa

la presidencia del consejo de ministros; un

hombre que fué monárquico en día bajo el

reino de Don Amado y repúblicano des-

pues cuando aquí presentó en asamblea

la ruina a la misma dinastía a que sirvie-

ra, porque para su ambición era poca cosa

la presidencia del consejo de ministros; un

hombre que fué monárquico en día bajo el

reino de Don Amado y repúblicano des-

pues cuando aquí presentó en asamblea

la ruina a la misma dinastía a que sirvie-

ra, porque para su ambición era poca cosa

la presidencia del consejo de ministros; un

hombre que fué monárquico en día bajo el

reino de Don Amado y repúblicano des-

pues cuando aquí presentó en asamblea

la ruina a la misma dinastía a que sirvie-

ra, porque para su ambición era poca cosa

la presidencia del consejo de ministros; un

hombre que fué monárquico en día bajo el

reino de Don Amado y repúblicano des-

pues cuando aquí presentó en asamblea

la ruina a la misma dinastía a que sirvie-

ra, porque para su ambición era poca cosa

la presidencia del consejo de ministros; un

hombre que fué monárquico en día bajo el

Vino después la representación del se-

gundo acto de "Lucrecia Borgia," y en él

fué el momento en que el artista des-

plegó todas sus facultades escénicas, pues

no sólo cantó admirablemente en difícil

parte, sino que hizo alarde de un asombr-

oso dominio de la escena y de condiciones

verdaderamente relevantes como actriz.

Pasmo claramente que aún más reglas ni

adornos, que en un maravilloso instinto

artístico y el tacto continúan siendo

que ha de representar, y sin más expe-

riencia del teatro que la que dan de sí

cuatro exhibiciones, haya logrado ser pri-

mo, comedia villos asesinatos en las

ciudades, secuestraban en los campos, inen-

didos en todas partes, que la soldadesca

desenfrenada silbaba a sus jefes y arrastra-

ba a Martines Langueros; en que los ki-

tos barcos de nuestra desastada marina

se iban a pique agorados por los mismos

españoles; aquellos meses en que, desdich-

adamente, no podían borrarse de nuestra

historia los avergonzados a nuestros pro-

prios ojos y nos robaban a los de los extran-

jeros; y en cambio de tantos males, nos han

legado una enseñanza que, bien aprovechada,

podrá servirnos en día, para evitar

que tales escenas se repitan en ninguna

del decoro de nuestra patria.

Un hombre gastado en el poder y esca-

do como inepto; un hombre incapaz de go-

bernar, porque carece de todo el gobierno;

que trajo y sirvió a la dinastía saboya-

na, contra todos los deseos de los españo-

les; un hombre que traicionó a su patria

